

Brazos que parecían atrapar sueños

En memoria de Elizabeth Cabrera Balarriz

Para que lo lea Margarita

Por Carmen A. Gallero Urizar

Quince de septiembre de 1973. La ciudad de Antofagasta estaba sumida en una atmósfera de miedo, y Elizabeth que había perdido su trabajo en el mismo momento del golpe, sabía que pronto perdería también la libertad. En una ciudad de provincia así sitiada, la idea imperiosa de huir contrastaba con la dificultad del «adonde». Con la mirada fija en un punto lejano, volvía una y otra vez a esas realidades confusas, mientras el agua jabonosa corría lavando tazas y platillos de un desayuno triste, como sus pensamientos.

Ya no oía las sirenas de los vehículos policiales que pasaban por la calle a toda hora. Su mente se había parapetado tras del silencio, para eludir la realidad angustiante de saber que momento tras momento sus amigos eran detenidos por sujetos que ni siquiera se identificaban. Pronto llegaría para ella esa terrible ocasión. Miró alrededor suyo: el pequeño departamento que arrendaban le pareció inhóspito. Avanzó lentamente y abrazó con fuerza el cojín rojo que durante tantas noches había bordado y tejido para que adornase el sillón viejo que le cediera su madre. Como un ovillo se acurrucó sobre él, de la misma forma que lo hacía cuando era niña, y esperó. Contra las paredes de su cerebro rebotaba una y otra vez la idea de escapar, mientras su cuerpo permanecía inmóvil, consciente de lo inútil de aquel pensamiento. Sin embargo, en aquella posición infantil algo cambió en ella. Tal vez el calor del hogar estaba impregnado en la cretona descolorida de aquel asiento. Lo cierto es que Elizabeth allí encontró consuelo.